

camente, no fuera que el impoluto espacio de Costa y Niemeyer fuera manchado por, digamos, lo delicado de una tela de un pintor flamenco—, cerca del Palácio da Alvorada, donde vive el presidente. Pero desde hace algunos años incluso este museo se encuentra cerrado, y los letreros que lo señalan, en las márgenes de las desoladas avenidas, parecen conducirnos a ninguna parte.

En vez de (al menos) un museo digno de este nombre, el poder se preocupó de edificar mausoleos, algunos reales y otros, por decirlo así, metafóricos. En la primera categoría se encuentran el del fundador de Brasilia y el del hombre que garantizó la transición del poder militar al civil, hace quince años, Juscelino Kubitschek y Tancredo Neves respectivamente. En la segunda, entre muchos ejemplos, mencionemos los suntuosos anexos nuevos del Judicial y del Tribunal Supremo de Justicia, cuyas resplandecientes fachadas no se asocian con la deseada autonomía de este poder, antes revelan su permeabilidad a esquemas más o menos encubiertos de corrupción y favoritismo: para el buen entendedor, significan verdaderos mausoleos de la justicia.

Pero nada de museos-museos. Repito la pregunta: ¿Por qué? Cavilando sobre el tema, *in loco*, y aquí en São Paulo, se me ocurren dos posibilidades alternativas. La primera es que Brasilia en sí, como hecho, para lo que la determinaron y planearon en la forma en que se dio, es un museo: un inmenso museo a cielo abierto, cuyo epíteto podría ser «el mayor del mundo», para usar esta expresión tan cómica y tan del gusto de los nacionalistas brasileños. La ausencia de museos en Brasilia — o de un único museo— apuntaría por tanto hacia una visión, alentada por su propia mitología mesiánica, de su autoperfección, de su insuperable, *endémico* (no se me ocurre otra palabra) narcisismo vanguardista. La ausencia de museos podría ser interpretada de la siguiente forma: ¿para qué tenerlos en una ciudad cuya stirpe se remonta a Karnak y Persépolis, cuyo pensamiento bebió de las más altas lecciones humanísticas, cuya estética sumariza la pintura y la arquitectura occidentales, y cuyos dichosos ciudadanos viven en constantes escenarios dignos de De Chirico? Si alguien respondiera que le gustaría ver este acervo representado en algún lugar, uno de esos dichosos podría responder: pues que vaya entonces a una biblioteca (pero ¿dónde se encuentra?)

La segunda alternativa nos lleva a consideraciones aún más duras. A guisa de referencia, y para abreviar mi argumentación, recordemos un poco el ya mencionado «Mall» de Washington. El centro de la capital norteamericana está organizado en función de una larga explanada, circundada por la administración federal, de la cual la de Brasilia es, por decirlo así, una continuación y una ampliación en «moderno». Como en Brasilia, el punto

focal de este «mall» es el edificio del Congreso, en la colina del Capitolio; en ascenso en el caso de la capital norteamericana, en descenso en la brasileña, siempre valorando esta disposición espacial la perspectiva monumental. A lo largo de la explanada y en las calles adyacentes, como en Brasilia, en Washington están dispuestos los principales ministerios e instituciones federales; en ambas ciudades, el despacho del Ejecutivo se da en uno de sus extremos (la diferencia radica en que la Casa Blanca acumula funciones de residencia y despacho, divididas en Brasilia en edificios apartados entre sí).

Si todo esto tiene en común las concepciones de los espacios centrales de ambas capitales, justamente el tema que me lleva a escribir esta carta es lo que las diferencia. En Washington, a la derecha del Congreso se encuentra la Galería Nacional; atrás, a la izquierda, se localiza la Biblioteca del Congreso. Además de esto, sería engorroso enumerar las instituciones culturales que, literalmente, ocultan a los edificios de la administración federal, tales como el Instituto Smithsonian, el Museo Nacional de Historia Natural, el Museo Nacional de Historia Americana, el Museo Nacional de Arte Americano, el Hishhorn Museum y la Galería Corcoran, entre otros. Tras esas fachadas de esas instituciones dedicadas al arte y a la memoria del país se encuentran edificadas aquellas de carácter burocrático y administrativo, algunas de ellas antes internacionales que federales, como el afamado Banco Mundial, que constituye uno de los más temidos nadies de países crónicamente endeudados, como es el nuestro. Así pues, el «Mall», sin haber sido originalmente pensado de esa manera, poco a poco fue asumiendo la función de espacio de representación no sólo del poder político, sino también cultural, y de la memoria humana, de la nación norteamericana, con todo lo que ésta tiene de omnívora.

En Brasilia, el poder vence siempre. Esto revela la retórica espacial. Todo funciona como si la nación no produjese cultura, como si el segmento de la población que se dedica a ella no mereciese estar a la altura, en términos de esa retórica espacial, de los demás estadios. En la Explanada están la iglesia, los inmensos ministerios, y algunos poderes *de facto*, como el ejército y —cerca de ahí— el Banco Central (en el cual, por hablar de ello, funciona una pequeña galería de cuadros que llaman museo). Hasta la televisión, el cuarto de los poderes de las sociedades posmodernas, está altivamente representada por la enorme torre de transmisión, situada en una de las cabezas de la gran explanada. El universo de la cultura, entre tanto, se refleja solamente en la dudosa mole del teatro Nacional, cuya utilización es discontinua, débil: en Brasilia no hay compañía de ópera ni de ballet oficiales, y el teatro nacional no cuenta con una *troupe* estable.

Pero yo quiero hablar de museos. Además del hecho más obvio, el de que una sociedad sin ellos no se puede presentar como completa, queda una consideración final que hacer. Sin museos, el mundo contemporáneo se expone continuamente al terrible proceso de deshumanización que nos amenaza a todos por igual, a los miembros de las sociedades llamadas desarrolladas y a las llamadas en desarrollo. Los museos son, hoy, espacios de alta importancia, no sólo porque en ellos está una parte del archivo milenario, estable, de los pueblos, sino también porque, en las últimas décadas, sus espacios pasaron a ser propositivos, transformadores, *vivos*. Esto es, espacios de rescate y generadores de humanidad.

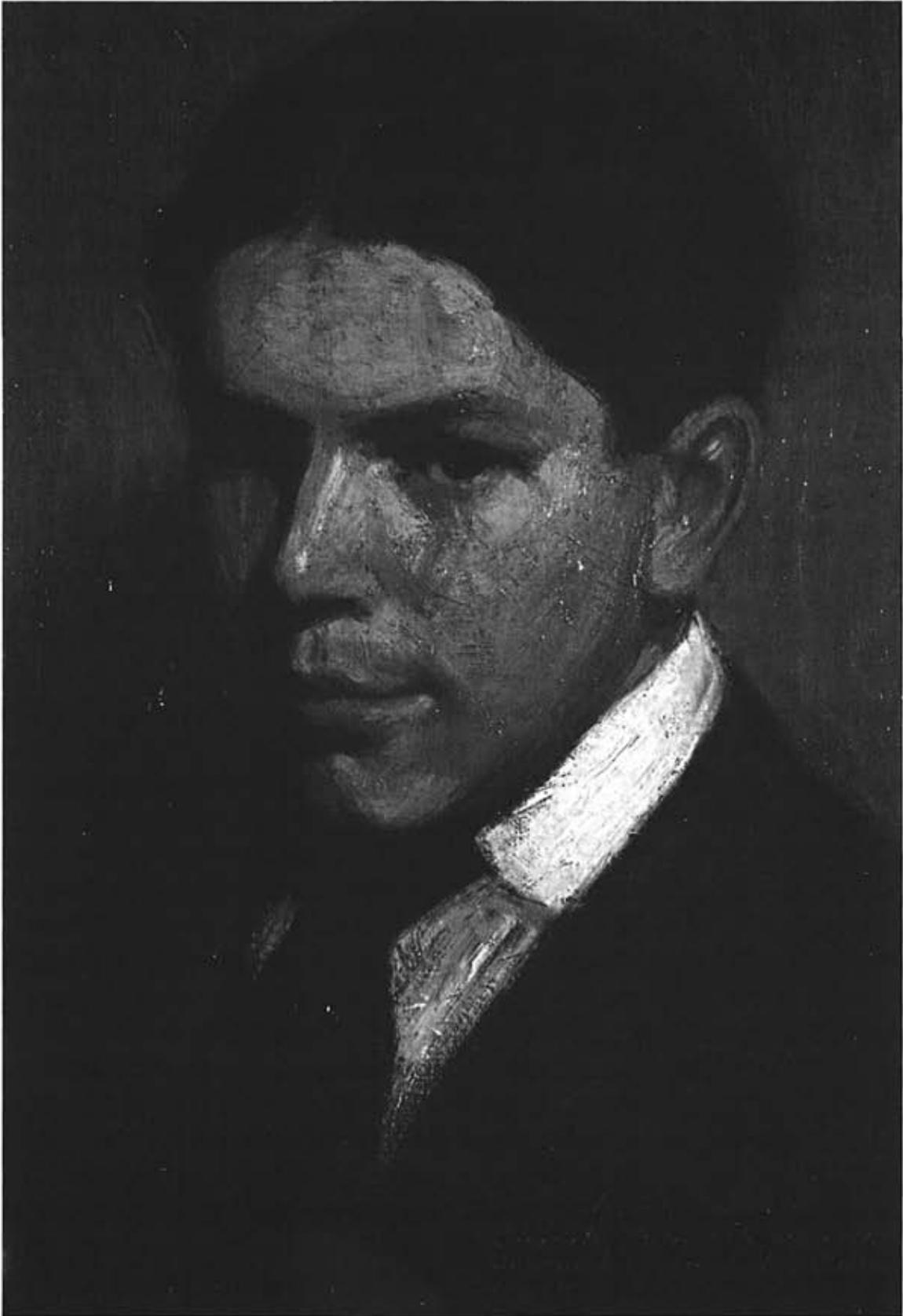
Realmente, hoy en día, los museos representan tan bien o quizás mejor, el espíritu del espacio urbano colectivo, del ágora ateniense. Hoy en día una ciudad sin museos no puede esperar desarrollar el espíritu ciudadano de sus habitantes. *Mutatis mutandi*, una ciudad sin museos parece querer decir que tiene miedo del espíritu ciudadano de sus habitantes.

De esto, de esta verdad del mundo contemporáneo, ninguno de nuestros políticos parece haberse dado cuenta en relación a Brasilia. En los fines de semana, nadie tiene nada que hacer bajo el sol cáustico del Planalto Central brasiliense, salvo visitar los *shoppings* de moda o ir a los clubes del lago. Imagino que irán también a las iglesias (Brasilia es una ciudad llena de sectas y experimentos religioso-sincréticos). Los políticos, en cambio, siempre están ocupados: deben continuar en las tardes de los domingos su incansable servidumbre a los laberintos del poder. Pero, ¿y los que no son políticos o no profesan la misma obsesión?

Clarice Lispector en 1970 (*A descoberta do mundo*, 1984), resumió la Capital Federal de la siguiente manera: «Fue construida sin lugar para los ratones. Toda una parte nuestra, la peor, exactamente la que tiene horror a los ratones, esa parte no tiene lugar en Brasilia. Ellos quisieran negar que la gente no sirve. Construcciones con espacios calculados para las nubes. El infierno me entiende mejor». Quisieran negar que la gente no presta: en resumen, que somos humanos, llenos de memoria, con ansias de otras, multiplicantes, contradictorias.

Probablemente en el infierno haya museos. En Brasilia, no. Hay políticos. Brasilia, una ciudad sin museos y con políticos.

*Traducción: Juan Malpartida*



Julio Romero De Torres: *Juan Belmonte* (1909)